

LA CATÁSTROFE.

CONCLUYAMOS.

Los pálidos resplandores de la madrugada comenzaron á penetrar por una reja colocada en la bóveda del calabozo, donde Paz, arrojado sobre las baldosas, y aun ceñido por las ataduras, habia pasado en el insomnio las horas de una noche de angustia. Con la luz del crepúsculo parecia extenderse un velo de nieve por los muros de aquel recinto. El piso era negro, fangoso, frio tambien por la trasudacion continua de las aguas. Los miembros de Rodrigo de Paz se habian entumecido. Su rica vestidura y su brillante cabellera tenian costras de un barro infecto. La ira, la posicion, los lazos que impedian la libre circulacion de la sangre, los esfuerzos continuos para romperlos ó aflojarlos habian puesto inyectados, casi apopléticos, los ojos del alguacil mayor. Los cordeles que cruzaban sus manos corrian por hondos surcos de una piel hinchada y lívida.

De repente oyóse que se descorrian los cerrojos. Una pesada puerta giró sin hacer el menor ruido, y Salazar apareció llevando en su semblante hipócrita la misma respetuosa compasion con que otras veces habia revestido su perfidia.

—Ira de Dios! —exclamó al entrar. Hola! Montealto!— gritó asomándose á la puerta.—Vilchis!..... Pero Afan!.... canalla!.....

Pronto acudieron tres hombres, sufocados por la carrera.

—Quién os ha dicho,—añadió el gobernador haciendo el ademán de embestirlos;—quién os ha dicho que debeis tratar á un caballero como el último de los miserables.

—Señor..... —balbució apenas uno de los carceleros; —no hemos recibido órdenes.....

—Quién es aquí el alcaide?

—Moncada..... señor.....

—Decidle que venga.

—Señor..... Moncada no se encuentra en este momento en la.....

—Bien, ya veremos..... desatad á ese caballero.....

Todos se pusieron á la obra. Tres puñales relucientes, y ligeros como la tijera, trozaron al instante los círculos de los cordeles.

Don Rodrigo, ayudado por los carceleros, se puso en pié, dando á Salazar las gracias con la expresion de una mirada.

—Afuera!..... —dijo Salazar á los carceleros.

Estos salieron cabizbajos; diríase que sus espadas se recogian hácia atrás, con el mísero temblor de la cola de un perro.

—Don Rodrigo,—dijo Salazar cuando quedaron solos,

—aquí me teneis á vuestro lado, pronto á sacrificar por vuestra salvacion mi puesto y mi existencia.

—Gracias..... —murmuró Rodrigo de Paz.

—Sin embargo,—continuó Salazar;—todo será inútil mientras vos, fiel, con justicia, á la memoria de D. Hernando, no arrojéis sus tesoros en manos de Chirinós, quien exige este precio en cambio de vuestra vida.

—Tesoros!..... —exclamó D. Rodrigo;—decidle á Pero Alminde que todo lo que yo poseia de D. Hernando ha pasado ya por sus manos á las arcas del fisco. El oro quintado en España. Sesenta mil pesos de oro que dijeron debia Cortés á las cajas reales. Doscientos arcabuces, cuatro piezas de artillería, seiscientas lanzas, y gran número de fardos que contenian los presentes de Moctezuma; y por último, cien vasos de oro que Cortés depositó en la casa de Gonzalo de Sandoval, han sido inventariados, y fueron recibidos por Negromonte. Ya nada queda sino la ruin fortuna que yo labré con mi trabajo; si la quereis, tomadla.

—Mirad que os perdeis, D. Rodrigo.

—Y cómo evitarlo?.....

—Mirad que Pero Alminde os tiene bajo su poder, y es un hombre inflexible.

—Y bien?..... yo no podré dar ese tesoro que habeis soñado.

—Rodrigo!

—Así pudiérais aplicarme el tormento.

—Cuidado! Habeis pronunciado la palabra que el terror y la compasion detenan en mis labios.

Rodrigo de Paz palideció y tuvo que reclinarse en la pared para buscar apoyo á su cuerpo desfallecido. Vió que estaba decretada su perdicion. La luz de una siniestra cer-

tidumbre iluminó hasta el fondo toda la hondura del abismo.

—Qué teneis? preguntó Salazar.

Rodrigo, despues de haber tomado algunos instantes para serenarse, repuso con firmeza:

—Nada. Veo que vos, el único en quien yo confiaba para libertarme de las asechanzas de mis enemigos, no sois mas que un nuevo traidor, enviado aquí para obtener por la amistad lo que nunca lograreis por las amenazas.

—Tanto peor para vos. La avaricia, pues no puede llamarse de otro modo el terco empeño que mostrais por ocultar esos tesoros, entorpece vuestro espíritu, y os hará el juguete de un mal cálculo. Sereis puesto al tormento y tendreis que confesar á gritos y entre las torturas, la palabra que, dicha hoy en mi oído, os volverá la libertad, los bienes, el poder mismo. Pensais guardar ese dinero, y sereis tal vez despedazado, y al fin vuestro secreto saldrá saludado por el júbilo de Pero Alminde, mientras vos, sacrificado inútilmente, os sepultareis en el olvido bajo la tumba. Cortés ha muerto: ¿quién os tomará cuenta de sus bienes? Si pensais guardarlos para vos, D. Rodrigo, mirad que nada valen los tesoros todos de la tierra, cuando despiden, como los de D. Hernando, una aura venenosa, que si la respirais, os hiere de muerte. Pronunciad una sola palabra....

—Basta! exclamó Rodrigo de Paz, mostrando en su cabeza erguida la noble resolucion que desafía el martirio; mi última palabra ya la habeis escuchado: ahora, haced lo que gustéis. Dios me mira, y aquí espero la muerte.

—Y dale! Os digo que os perdeis y me perdeis á mí, D. Rodrigo.

—Id, y repetid mis palabras á vuestros cómplices..... añadido: que si aquí muero abandonado por la justicia hu-

mana, queda en el cielo un tribunal que envolverá en un fallo de perdición eterna á los culpables.

—Os empeñais?..... repitió Salazar, haciendo un ademán para retirarse.

Rodrigo de Paz le volvió la espalda.

—Bien, dijo Salazar con siniestra calma. Pronto vereis la consecuencia de este capricho.

En seguida salió.

Pasaron dos horas. Paz, casi rendido por el cúmulo de reflexiones y recuerdos que vienen á agitarse en torno de un hombre próximo á la hora postrera, iba cayendo en ese sueño que duerme un sentenciado bajo la sombra fría de una ala de la muerte.

Los cerrojos volvieron á descorrerse. Rodrigo de Paz levantó el rostro y se encontró con Chirinos.

—Qué buscáis aquí? le dijo.

—No lo adivináis? repuso Chirinos.

—Ah! exclamó D. Rodrigo con amargura; si fuérais verdaderamente noble, buscaríais mi espada.

—Mirad,—dijo Chirinos;—yo que no he temido la vuestra cuando rodeado por vuestros esbirros érais dueño de mi vida, tampoco os temeria solo y aherrojado en el fondo de esta mazmorra. Fácil me seria mandar que os devolviesen vuestra espada, y un momento de libertad para que cumplieseis vuestro antojo; pero yo no lograria lo que quiero..... Abreviemos..... En este instante se previenen para vos los aparatos del tormento. Salazar, vuestro amigo, mandará que os dilaceren las carnes y os pulvericen los huesos, mientras no digais adónde están ocultos los tesoros de D. Hernando. Pues, bien, yo puedo salvaros á vos junto con los tesoros, como querais

decirme..... adónde se oculta esa mujer que os empeñais en.....

—Miserable!—exclamó Rodrigo de Paz poniéndose en pié y levantando el puño sobre Chirinos.—Aunque ignorara que venís á engañarme con mentidas promesas; aunque no supiera que despues de arrojar á esa mujer en vuestros brazos, vos me dejaríais en los de los verdugos, nunca os permitiera tocar, infame! al débil que busca amparo en mi nobleza y proteccion bajo mi espada!

A este tiempo resonó por fuera de la puerta el golpe dado por las culatas de los arcabuces en las losas de la pieza inmediata. Moncada, el alcaide, asomó la cabeza y llamó por su nombre á Rodrigo de Paz.

—Esperad un momento, le dijo Chirinos: despues se dirigió al alguacil mayor, y le dijo:

—Decidíos pronto.

—Atrás! exclamó D. Rodrigo, haciendo á un lado á Pero Alminde. Despues se encaminó hácia la puerta, se colocó entre los soldados, y dijo al alcaide:

—Guiad, señor Moncada.

Rodrigo de Paz siguió por una inmensa galería, cruzó por varios pasadizos y llegó á un patio sin arcos, inculto, medio ruinoso, el mismo en uno de cuyos ángulos se abria la entrada de ese calabozo adonde poco antes resonaron las maldiciones de Zapata. Paz fué introducido en aquel antro.

Allí estaban ahora tres hombres; la mitad inferior de sus cuerpos estaba iluminada por los turbios rayos de una linterna puesta sobre el suelo: las cabezas, de una inmovilidad fatídica, dejaban ver apenas el blanco de unos ojos siniestros. En un rincon veíase quién sabe que bostezo ilu-

minado por brasas. Era la boca de una hornilla. Encima, sobre las tinieblas, parecían flotar velos mas negros que la noche, y escuchábase ese sordo habladero que sale del fondo de una olla hirviente. Se aspiraba un nauseabundo hedor de cochambre. La atmósfera, insensible á las ardientes emanaciones del brasero, conservaba toda la frialdad acumulada allí por el aliento de las profundidades.

Paz volvió á sentir que su cuerpo desfallecía. Aquellas brasas parecían mirarle desde el fondo de la eternidad, con una mirada de exterminio.

—Por vez postrera,—dijo una voz que era la de Salazar,—os conjuro á que me digais á dó se ocultan los tesoros.

Paz buscó entre las sombras al gobernador, y fijándose en el bulto de uno de los carceleros, que le pareció Salazar, exclamó:

—Miserable!..... conque teneis valor para convertir en realidad vuestras amenazas? Conque yo me engañaba creyendo que conservaríais un resto de humanidad y de nobleza?.....

—Qué quereis?—repuso Salazar;—echad la culpa á vuestra necia obstinacion en guardar silencio.....

—Pero esto es imposible,—dijo Rodrigo de Paz enjugándose el sudor frio que corría por su frente;—lo que vais á cometer es un crimen.....

—Llamadle como os plazca.

—Pero qué..... pensais asesinarme aquí en la oscuridad..... sin testigos? Yo no pido la vida; pero sacadme afuera, juzgadme á la luz, y si teneis justicia, ahorcadme ante la faz del pueblo.....

—Eso lo veremos despues..... ahora no saldreis de aquí, mientras yo no sepa adónde teneis esos tesoros.

—Ira de Dios! ya os dije que Cortés se habia llevado sus caudales. La parte que me dejó encomendada la teneis ya toda, mi mismo patrimonio.....

—Lázaro!.....—dijo Salazar.

Uno de los tres hombres que allí estaban se acercó al gobernador, y despues, á una señal de este, se dirigió á Rodrigo de Paz y quiso tomarle por un brazo.

—Infame!—exclamó D. Rodrigo amenazando á Salazar con el puño;—venís aquí para gozar con mi agonía..... pues bien!.....—añadió buscando el puñal en su cintura;—no mutilareis mas que un cadáver, si ántes no logro abrirme paso por el vuestro! Atrás!

Don Rodrigo levantó el brazo; pero una mano tosca, hercúlea, poderosa, le afianzó por el puño, mientras otras manos semejantes le sujetaban por el cuello, y unos brazos vigorosos le ceñían por las corvas.

—A la cama!—dijo Salazar.

En otro rincon del calabozo estaba una tarima, en cuyos bordes colgaba una hilera de argollas. Allí fué colocado de espaldas Rodrigo de Paz.

Un fuerte lazo pasó por su garganta y fué á anudarse en las argollas; otro lazo pasó por su pecho; despues un tercero se enroscó por su vientre, y del mismo modo siguieron otros por las piernas, hasta dejarle en la inmovilidad completa. Rodrigo de Paz gemia sordamente; sus piés habian quedado fuera de la tabla. Un hombre se acercó á descalzarlos; otro tomó la linterna, se dirigió al brasero, y asomó la luz sobre una especie de caldera donde borbotaba un líquido. Era aceite.

—Erre!..... dijo el hombre sacudiendo una mano;—esto salta como demonio.

—Llena el jarro..... dijo otro de los hombres,—y acerca por aquí la candela.

—Vais á atormentarme inútilmente,—dijo Paz poniendo en Salazar una mirada horrible á fuerza de ser angustiada;—pensad en Dios que nos mira en este momento. Él os pedirá cuenta de esta injusticia.....

Salazar no replicó. De repente se oyó escurrir el líquido; Paz lanzó un grito agudo; una especie de aullido siniestro, desgarrador, espantoso; su cuerpo fué agitado por estremecimientos que hacian rechinar las ataduras; sus piés se atirantaron, y quedaron como tiritando bajo la impresion de un dolor supremo.

—Hablaeis?—dijo Salazar

—Nunca!—exclamó D. Rodrigo.

Siguió el segundo jarro. La piel, esfacelada en un instante por aquel cáustico, se abrió por varias partes dejando ver la carne viva de los músculos. Paz no habló, y el tercer chorro hirviente comenzó á caer sobre aquella carne.

—Matadme!..... por Dios!..... exclamó D. Rodrigo cuyo rostro se habia puesto inconocible; tal era la lividez, la demacracion que habian impreso en él algunos instantes de aquel tormento.

—Al otro;—dijo Salazar sin perder su calma.

Paz no se movió; se habia desmayado.

—Vamos,—dijo Salazar;—será necesario aplicarle un pediluvio para que recobre el sentido: acercad la caldera.

Dos de los verdugos ejecutaron la órden.

—Tambien el anafe?—preguntó uno de ellos.

—Tambien.

La caldera, puesta sobre los carbones, fué llevada hasta tocar con una extremidad de la tarima. Uno de los ejecu-

tores aflojó ligeramente las ligaduras, tomó á Rodrigo de Paz por una pierna, y le atrajo hasta que las corvas se doblaron sobre el filo de la tabla. Los piés, sostenidos por el verdugo, fueron bajando poco á poco hasta quedar sumergidos en la caldera.

Paz abrió los ojos, enderezó la cabeza lo mas que pudo, y recorrió los ángulos del calabozo con una mirada. Volvió despues á su postura, y se quedó viendo tranquilamente á los verdugos.

Aquella tranquilidad causaba miedo; aquella mirada era triste, contemplativa, y, cosa horrible! era amorosa.

Entretanto los piés hervian en el aceite. Un observador que se inclinara en ese instante sobre el rostro marmóreo de D. Rodrigo para examinar aquellos ojos, se hubiera espantado. Tras de aquella dulzura se adivinaba una fijeza, un no sé qué letal, sombrío, imponente como la oscuridad de la tumba.

Las pupilas estaban tan dilatadas, que los ojos, de azules que eran, se habian vuelto enteramente negros.

De súbito, las facciones de Rodrigo de Paz se contrajeron, dió un nuevo grito mas agudo y mas dilatado que el primero, y desbordóse por sus párpados un torrente de lágrimas.

—Piedad!.....—exclamó agitado ya por las convulsiones.

—Está en vuestra mano.....—dijo la voz impasible de Salazar.

Don Rodrigo no pudo contestar á estas palabras. Su garganta parecia estrangularse con repetidas contracciones de vómito. Esto convirtió los gritos en horribles pujidos. Parecia que los verdugos ayudaban un parto.